



En aquel entonces

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto sucedió algo curioso. Pensé en unos ojos cerrados, en la verdadera belleza, una rosa roja marchitada lentamente. La pobre tía Gertrudis. La oscura edad. Irse sin dejar un hijo, un valiente. ¿Y donde quedaría su mirada secreta? Un olor a naftalina penetró en mi mente; el sonido de un leve crujir de telas. Y evoqué la imagen de una larga falda almidonada junto a un montón de libros de páginas amarillentas. Evoqué el roce tenue de unos dedos manchados de añil, el olor a cuero de un enorme sillón y un piano de señorita. Y en ese atardecer neblinoso suspendido en una pertinaz llovizna de enero, desde el fondo de mi alma, como polvo efervescente brotaron una serie de recuerdos que creía olvidados.

Entonces sentí unas manos suaves olorosas a jabón, agradablemente secas: sentí a la tía Gertrudis.

¿Era bella? Imaginé ese rostro cuya piel se tendía rojiza, interrumpido por una nariz respingada y pecosa; en la plenitud de su madurez bien que era hermoso. El pelo largo y rojo. Belleza pelirroja. Existía además en su mirada algo que sugería ser la causa de su absurda soledad: una especie de desamparo y orgullo. Tratando de definir esa mirada, diría algo así como: vanidoso sacrificio. Si es que existiera físicamente y se pudiera describir con palabras.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto pasé una noche tormentosa. Tuve un sueño en donde volvieron escenas oscuras que me abrumaron en mi adolescencia: visitaba el pueblo de mi infancia. Por alguna causa tenía que ir a mi casa. Llegué, entré. Y de repente me invadió un olor a flores putrefactas y a cera quemada. Tuve la certeza de que ahí se velaba a un muerto. Ideas de cirios y ataúdes.

-Su tía lo está esperando –me dijo alguien.

La tía yacía completamente desnuda sobre la mesa de la sala. De algún modo, un ojo cómplice me invitó a que me acercara a la mesa.

-Le ruego que no intente excitarla, aunque no podría por más que quisiera. Está muerta –y el ojo se cerró en un guiño en señal de complicidad.

Desperté invadido por un miedo cerval.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto, al otro día me dirigí al pueblo, quería llegar a tiempo al sepelio. En la carretera, los cálidos reflejos del sol flotaban con las sombras vegetales en los cristales del vehículo. Una nube empezó a cubrir el sol lentamente. En aquellos tiempos yo era un muchachón fornido acabado de salir de la secundaria. La tía Gertrudis vivía con un canario en un ala del viejo caserón donde habitábamos toda la familia. Yo la sabía mancillada por un antiguo amor que huyó al enterarse de lo disminuida que había quedado la herencia. Y desde mi corta edad la veía lejana, débil y consumida por un sufrimiento silencioso que adivinaba en su mirada. Por las tardes me dedicaba a observarla desde mi ventana, veía su sombra cruzando los amplios ventanales. Ella, ella, sombra suave, ojos suaves. ¿Qué es ella? Robada. Dejada. Yo tan solo aquí. Una pared de por medio. Blancos senos de rojizos pezones. ¡Oh! Acaríciame y unamos nuestras soledades. Yo triste también. Estoy quieto, agitado, mirando como se mueve esa sombra y se despoja de su enorme falda.

El sol se liberó abruptamente. Una sucesión de granjas se desliza a mis costados anunciándome la inminente llegada al caserío.

¡Ay! Aquellos tiempos. Ese día bien que lo recuerdo. Eran como las tres de la tarde. Yo acababa de comer y me disponía a salir a vagar por las calles aprovechando la hora en que toda la familia se retiraba a sus habitaciones a dormir la siesta. La vi aparecer de repente envuelta en un halo, iluminada por el tragaluz de la sala. Parecía como si flotara en una delgada capa de luz. Y desde ahí me miró sin sobresalto, como si ya supiera que iba a encontrarme.

-Buenas tardes, Gabrielito. ¿Ya te vas? ¿Cuándo vas a ayudarme a acomodar los libros en los estantes?

-Ahora mismo si usted.

-Puedes tutearme. Ya eres todo un hombre.

Y acompañó sus palabras con una sonrisa.

Caminamos por un largo pasillo hasta llegar a su alcoba. Una vez ahí me condujo a la habitación contigua, que hacía las veces de biblioteca. Me sentó ante una pila de libros empolvados.

-Quiero que los ordenes y los acomodes por temas. Y le des una sacudida a los estantes –me dijo antes de retirarse a su recamara.

Apenas estuve solo, escurrí mi mirada por la habitación que tanto tiempo estuvo vedada a mis visitas. Un enorme sillón de cuero esperaba junto un silencioso piano de señorita. Mejor terminar de una vez. Me puse manos a la obra.

Al rato ella regresó con una jarra y me sirvió una limonada. Luego que me vio beber, se recostó cuan larga en el sillón. Se arremangó un poco la falda. Susurrante agua, crujir de telas. Los dos reunidos, ella ahí sin finalidad alguna. Me dispuse a terminar la faena, apresurado, bajo el influjo de un temor desconocido. Coloqué el resto de los libros según fueron embonando. De repente, fluye un murmullo. ¿Tan rápido estaba dormida? Una mirada de reojo. ¿Si me quedara súbitamente desnudo aquí mismo? Más confiado me dediqué a observarla. Muslos lascivos bajo el telar. Una mujer duerme. En sus sueños, ella marcharía agobiada hacia la llama de la delectación morosa, hacia tierras crepusculares. No está desnuda. ¡Y sin embargo!... Bajo esas enaguas se esconde un tesoro de endemoniada blancura, secreto, cálido, la riqueza del mundo, carne trémula, perfume de liviandad.

Oí un murmullo:

-¡Amor! Bésame mi muchacho.

El aire de la habitación vibró. Su pollerita arremangada. Con el corazón excitado traté de salir. ¿Oí bien? La puerta estaba cerrada. De nuevo me acerqué a ella y vi como desnudó ligeramente su pecho. Acerqué los dedos sobre sus labios. Aliento agitado. A través de su cabello rojizo podía ver las orejas, el lóbulo delgado. Lo aparté suavemente. El cuello y el hombro mostraban la plenitud de una mujer madura. Una media sonrisa. Olor de mujer. Frente amplia, mejillas sonrojadas. Tomé sus manos, olí su dedos, estaban manchados de añil y olían a jabón fino. Deslicé mi mano hasta su pecho. Haciendo suavemente a un lado la blusa, palpé, aparté. Tenía los senos pequeños pero redondos y altos. Había que hacer la prueba. Toqué los rojizos pezones erectos. No, no eran pezones que hubieran amamantado. La vida es un sueño y lo que hacemos ahora mañana será olvidado. Bajo la enorme falda, poco a poco fui bajando las enaguas. Espera. Piénsalo. Pasé mi mano despacio sobre el rojizo bello púbico. ¿Qué sueño puede tener para jadear como lo hace ahora?

Al otro día pasé por el frente de su cuarto, y me demoraba intencionalmente con la esperanza de encontrarme con sus ojos secretos. Por fin la encontré.

-¡Ah! Eres tú.

Pérdida de tiempo. No mencionó nada. Que extraño. Tendría que haber sido un hombre mayor para pedirle explicaciones. La tomaría en mis brazos protectores, la consolaría con un beso largo, y mientras ella dormía la siesta, haríamos el amor en el enorme sillón de la biblioteca. Pero ese rostro despierto era un espejo ciego, o yo era demasiado joven para comprenderlo. Cuando se despidió de mí, volvió por un segundo el brillo de su mirada secreta. Su alma estuvo en sus ojos. Su corazón de mujer vino hacia mí porque había heridas que debían ser curadas. Si ella había sido mala, si había pecado, ahí estaba yo como un hombre de verdad para perdonarla y curarla. Pero solo fue un instante. Luego recobró su mirada orgullosa. De eso hará ya cosa de treinta años.

Cuando me dijeron que la tía Gertrudis había muerto hice viaje al pueblo. Traspasé el enorme portal de la casa. En la habitación que ahora me parecía excesivamente reducida, seguía el enorme y ahora desvencijado sillón de cuero, lo habían echado a un lado para acomodar el féretro que se mantenía

con la tapa abierta, y en los estantes asomaban los lomos de los libros, únicos testigos de un secreto remoto. Un grupo de viejos velaba los restos de una anciana. Cuatro cirios ardían lánguidos. No, no estaba el piano de señorita. Había ahí decrepitud, decadencia, rostros desconocidos. Nada que ver con mi bella pelirroja.

Decepcionado, decidí retirarme. Pero al pasar por la sala, el reflejo del tragaluz me detuvo por un instante. Y la vi aparecer envuelta en un halo, iluminada, eternamente bella. Desde las delgadas capas de luz me miró sin sobresalto, como si ya supiera que iba a encontrarme. Ella, ella, luz suave, ojos vítreos mirando desde la muerte, la rosa roja, la verdadera belleza.

-Buenas tardes, Gabrielito. ¿Ya te vas? ¿Cuándo vas a ayudarme a acomodar los libros en los estantes?

Fue solo un instante. Luego una nube cubrió el sol lentamente.

Moisés Sandoval Calderón (1965). Originario del municipio de San Ignacio, Sinaloa, México. Ha obtenido el primer lugar en el concurso de narrativa convocado en 2006 por la Facultad de Derecho y la Academia de Investigación y Redacción Jurídica de la Universidad Autónoma de Sinaloa; el premio Mocerito 2007 en el género de Cuento, en el certamen convocado por la Fundación Dr. Enrique Peña Gutiérrez y el H. Ayuntamiento del Municipio de Mocerito, Sinaloa, y el primer lugar en el IV certamen convocado por la revista Almiar Margen Cero.

Ha publicado y colaborado en diversas revistas literarias de México, España, Argentina, Colombia, Venezuela y Perú, en versiones electrónicas y en papel, tales como: La Peregrina Magazine, Cultura de Veracruz, Letralia, El Hablador, Realidad Literal, El Interpretador, Narrativas, y Mundo Cultural Hispano.

La Peregrina Magazine © 2014

Fotografía_ C. K. Aldrey